

Domingo 3° durante el año. Domingo de la Palabra de Dios.

Hoy se celebra en toda la Iglesia el Domingo de la Palabra de Dios. Por eso para destacarlo de manera especial entramos en procesión el Evangelionario, y recibimos su bendición.

En la primera lectura en el libro de Nehemías se nos relata que *“El pueblo estaba reunido en Jerusalén en la plaza de la Puerta del Agua, escuchando la Ley. Aquel pueblo había sido dispersado con la deportación, pero ahora se encuentra reunido alrededor de la Sagrada Escritura como si fuera «un solo hombre» (Ne 8,1). Cuando se leía el libro sagrado, el pueblo «escuchaba con atención» (Ne 8,3), sabiendo que podían encontrar en aquellas palabras el significado de los acontecimientos vividos.”*¹

Entonces, el contexto inmediato, es el destierro a Babilonia. En aquella época los pueblos dominantes arrancaban de su tierra, y llevaban a otro lugar, a los pueblos derrotados, para hacerlos perder su identidad, para que olvidaran su cultura, y así someterlos más fácilmente, para siempre.

El pueblo, por intervención de Dios, está de nuevo en su tierra, y el sacerdote Esdras, ayudado por los levitas, leyó el libro de la Ley desde el alba hasta promediar el día. El pueblo llora porque desconocía lo que acaba de escuchar. Ahora bien, todos son invitados a la alegría. A recibir con un banquete la palabra, a hacer fiesta. La palabra de Dios no es para un grupo de selectos, es alegría y bendición para todo el pueblo.

En el evangelio escuchamos, que Lucas inspirado por el Espíritu Santo, ofrece un relato ordenado acerca de las enseñanzas recibidas. La lectura continúa con el capítulo 4, donde se nos cuenta que Jesús llega a Nazareth, el lugar en el que se había criado, y entra como de costumbre en la sinagoga. Esta vez recibe el libro del profeta Isaías y lee: *“El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido para llevar a los pobres la buena nueva, para anunciar la liberación a los cautivos y la curación a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor. Enrolló el volumen, lo devolvió al encargado y se sentó. Los ojos de todos los asistentes a la sinagoga estaban fijos en él. Entonces comenzó a hablar, diciendo: “Hoy mismo se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír.””* (Lc. 4, 18-21)

El evangelio, la buena noticia, llega a los más pobres, a los ciegos, a los más frágiles, a los que padecen ataduras por distintas situaciones. Si llega a ellos la buena noticia, claramente sabemos que llega a todos, porque los destinatarios del evangelio somos todos. Es tarea de la Iglesia acompañar la mesa de las familias más pobres con el pan material, pero no puede descuidar a su vez darles el pan de la Palabra. Es un pedido de Jesús.

¿Cómo anunciar la buena noticia a los pobres? En la segunda lectura de 1 Cor. 12, San Pablo, nos da la clave. El apóstol compara bellamente a la Iglesia con un cuerpo. Nadie está de más, nadie está de sobra, todos aportamos a la armonía del cuerpo. El ojo no puede decirle a la mano no te necesito. Y en el cuerpo los miembros más débiles son tratados con mayor delicadeza.

Tal vez el primer paso para anunciarles la palabra de Dios es la hospitalidad, es recibir con el corazón abierto. No podemos dudar que la vida monástica se organiza en torno a la palabra de

¹ CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE «MOTU PROPRIO» DEL SANTO PADRE FRANCISCO **APERUIT ILLIS** CON LA QUE SE INSTITUYE EL **DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS**. N° 4.

Dios, pero San Benito, el padre del monaquismo occidental, en su regla² dice que hay que recibir a los huéspedes, y especialmente a los pobres, con especial delicadeza porque en ellos, es Cristo quien golpea a nuestra puerta.

La presencia de Cristo en la palabra, la presencia de Cristo en los más frágiles. Descubrir esta presencia de Cristo en los más rotos ¿Es fácil? No. ¿Es sencillo involucrarse y acompañarlos? No. ¿Es evangélico? Sí. Y nosotros queremos ser discípulos de Jesús.

El gustar de la palabra de Dios no queda reducido a este domingo. El domingo de la palabra de Dios nos sensibiliza, pero tenemos que tener presente, sobre todo, de modo diario, el evangelio.

En el ciclo litúrgico C –que estamos transcurriendo-, se lee el evangelio según San Lucas. Por eso les propongo hacer una lectura continua del mismo, y si nos quedamos con hambre de más, podemos continuar con Hechos de los Apóstoles, escrito también por Lucas, y si nos quedamos con hambre de más, podemos leer la segunda carta a los Corintios.

Como hilo para la lectura podemos ver el protagonismo del Espíritu Santo, que anima el corazón de Jesús para el anuncio del evangelio, y descubrir en los Hechos como el Espíritu conduce a la primera Iglesia en su misión de anunciar a Cristo crucificado-resucitado, y luego dejarnos interpelar por como evangeliza San Pablo animado por el mismo Espíritu. Y en esa lectura orante tal vez preguntarnos: ¿Qué hacemos cuando anunciamos el evangelio?³

Entonces el caminito que les propongo es la lectura de Lucas, Hechos de los Apóstoles y la segunda carta a los Corintios. Y así aprender que es anunciar la buena noticia. Esta tiene que resonar en nuestro corazón, en nuestra familia, en nuestra arquidiócesis de La Plata, y esto es corresponsabilidad de todos. Como bautizados somos enviados a hacer este anuncio del evangelio.

Mons. Gustavo Carrara.

² Regla de San Benito. 53, 1-3.

³ Cf. Martini Carlos María. El Evangelizador en San Lucas. Ediciones Paulinas. Pág. 11.